

EL CONCEPTO DE "COOPERACIÓN" EN EL PROYECTO DE INTEGRACIÓN DE LA CUENCA DEL PACÍFICO: UNA PROPUESTA PARA REFLEXIONAR *

J. DANIEL TOLEDO B.

I. *Introducción*

En el juego de la redistribución del poder económico mundial en las últimas dos décadas no hay ninguna duda de que Japón ha resultado ser uno de los más claros ganadores. Convertido en un gigante económico, parecido sólo por Estados Unidos y la Unión Soviética, exhibiendo uno de los ejemplos de más alto y rápido crecimiento del Producto Nacional Bruto y con una significación cada vez mayor en el comercio mundial, por sólo mencionar algunos indicadores de su éxito económico, Japón es, hoy por hoy, un país que no puede ignorarse cuando se alude a las potencias económicas mundiales.

No obstante lo anterior, sorprende constatar que en materia de gravitación política internacional, este gigante industrial ha permanecido relegado a un papel secundario, muy distante del dinamismo que se le ha observado en el ámbito del comercio internacional.

En un mundo en donde los problemas económicos son cada vez más problemas políticos y en donde cualquier acción en estas esferas requiere de mayor definición, resulta muy difícil para un

* Ponencia presentada en el simposio "Las perspectivas económicas de la Cuenca del Pacífico" patrocinado por El Colegio de México y The Japan Society for the Promotion of Science, realizado en El Colegio de México del 24 al 26 de marzo de 1980.

país como Japón seguir soslayando las implicaciones y evoluciones de la política mundial. De allí que la actitud tradicional de "ver, esperar y actuar según el momento", que ha caracterizado la política exterior japonesa, resulta ser ya demasiado extemporánea. El imperativo de tener que asumir un rol más activo en la arena internacional parece ser, pues, un compromiso ineludible para Japón.

El dilema del Japón de hoy es claro y la urgencia de resolverlo no lo es menos. Por lo pronto, importantes retos demandan una mayor iniciativa y definición: debe vencer las dificultades de lograr un abastecimiento estable de materias primas, especialmente energéticos, provenientes de un mundo cada vez más inestable políticamente; debe resolver las presiones de su balanza comercial extraordinariamente favorable; necesita asegurar y crear nuevos mercados para su comercio exterior, sobre todo después de las dificultades que se le han presentado con Estados Unidos y con la Comunidad Económica Europea y, finalmente, debe asumir mayores responsabilidades en la construcción del Nuevo Orden Económico Internacional, problemas que reclaman un cambio de estrategia, no sólo con respecto a los países industrializados, sino también con relación a los países en vías de desarrollo y a los subdesarrollados.

Como lo señala el profesor M. Yamamoto,¹ uno de los problemas más desafiantes que tendrá la política exterior japonesa en la década de los ochenta será compatibilizar su condición de potencia económica con su, hasta ahora, poco notable presencia política en el ámbito internacional.

Dentro de los intentos por lograr esta compatibilidad, cabe mencionar las iniciativas del Primer Ministro Masayoshi Ohira por reevaluar e imprimir un nuevo sello a la política exterior japonesa para la próxima década, destaca la idea de replantear y promover el establecimiento de una comunidad de integración y cooperación en torno a la llamada Cuenca del Pacífico, de la cual Japón forma parte.

¹ "The Endo of Postwar Cycle. Japanese Foreign Policy in 1970s", Mitsuru Yamamoto, p. 3. Texto de Conferencia dictada en CEAAN, Colmex. Febrero, 1980.

La verdad es que la idea de implementar esquemas de cooperación en torno a la Cuenca del Pacífico no es reciente. Desde fines de los sesenta, países como el propio Japón, Canadá y Australia se han mostrado especialmente interesados en la promoción de este macro proyecto. Diversas conferencias multinacionales celebradas en Japón (1968), Australia (1970), Chile (1970), Canadá (1971), Japón (1973), México (1974), Nueva Zelanda (1975), Tailandia (1977), Estados Unidos (1978) y Corea del Sur (1979) han concitado la presencia de diversos especialistas, quienes han aportado elementos teóricos y generado interesantes discusiones en torno a la viabilidad de tal proposición.

Aunque de momento tal propuesta permanezca al nivel de informes técnicos o académicos, como suele ser la práctica en el Japón, se manifiestan ciertos esfuerzos diplomáticos oficiales que permiten suponer que Japón se muestra bastante dispuesto a asumir una función de liderazgo ante tal proposición.

Teniendo como base el informe *The Pacific Basin Cooperation Concept*,² el propósito principal de este breve trabajo consistirá en identificar algunos de los elementos más importantes del proyecto, para luego externar algunas consideraciones en torno al concepto de cooperación con que se pretende fundamentar el establecimiento de la llamada Comunidad de la Cuenca del Pacífico.

2. Elementos fundamentales de la propuesta

La propuesta parte afirmando que la Cuenca del Pacífico es una región plena en potenciales y posibilidades. En ella no sólo se incluyen dos de los mayores poderes económicos actuales, obvia alusión a Estados Unidos y Japón, y muchas de las economías

² Dicho informe fue preparado por el grupo de estudio para la cooperación en la Cuenca del Pacífico, instituido como un consejo consultivo privado del Primer Ministro, cuya función es estudiar los mecanismos de cómo acrecentar la cooperación regional y estimular las relaciones armoniosas dentro de la región de la Cuenca del Pacífico. El grupo estuvo presidido por Saburo Okita, Presidente del Centro de Investigación Económica del Japón, el cual posteriormente renunció a la presidencia del grupo para asumir las funciones de Ministro de Relaciones Exteriores del Japón en noviembre de 1979. El informe que se comenta es del 14 de noviembre de 1979.

más dinámicas del presente, implícita referencia a países como Corea del Sur, Taiwan, Hong-Kong, Singapur y Australia por la parte occidental de la cuenca y a Canadá y México por la parte oriental, sino también una de las más amplias extensiones de tierras y mares repletos de recursos naturales. Más aún, la Cuenca del Pacífico es el lugar de confluencia de diversas civilizaciones y de países, que ayudados por el sorprendente desarrollo de las comunicaciones y de las tecnologías de transportación, han estrechado cada vez más sus contactos. Por primera vez en la historia —se concluye— todos los prerequisites y condiciones para la creación de una verdadera comunidad de cooperación e integración regional sustentada en la Cuenca del Pacífico estarían maduras.

Pero no se trata sólo de una suma de posibilidades y expectativas, ni de asumir lo inevitable del vaticinio de que el s. XXI será el “Siglo del Pacífico” en reemplazo de aquella comunidad del Atlántico que actualmente domina, sino también de constatar que ya existen, a nivel de realización, una serie de iniciativas tendientes a desarrollar la Cuenca del Pacífico como una comunidad regional.

Aparte de las relaciones e intercambios comerciales, están por ejemplo las acciones del Consejo Económico de la Cuenca del Pacífico, compuesto inicialmente por hombres de negocios de cinco países avanzados del área, y el Simposium del Comercio y Desarrollo del Pacífico, formado por académicos de la región que desde su fundación (fines de los sesenta), se han mostrado muy activos al respecto. Junto a estas actividades del sector privado, están también las acciones de la Unión Parlamentaria Asiática y otros tipos de intercambio político-diplomático que tiende a promover las relaciones de cooperación dentro de los países de la región. A ello habría que agregar una serie de intercambios culturales, académicos y científicos que existen desde hace ya bastante tiempo.

Una consecuencia de todas estas acciones —se señala— sería el creciente consenso acerca de la conveniencia de una mayor integración del generoso potencial de la macro-región en beneficio directo y compartido de los países que la conforman.

Así, este modelo de integración intenta desarrollar relaciones de cooperación dentro de la región, estimular la restauración económica y "sacar el máximo de provecho del rico potencial del área", no sólo para los países miembros "sino para acrecentar la prosperidad y bienestar de todos los pueblos en el mundo". Consecuentemente, el proyecto está dirigido a propiciar una cooperación libre y abierta a la "consecución de objetivos compartidos" por todos los países de la comunidad.

La diversidad económica, étnica y cultural no se consideraría un obstáculo, sino más bien un elemento "desafiante y atractivo" dentro de un mundo que es cada vez más interdependiente a escala global. La diversidad garantizaría, en este caso, la complementariedad.

La viabilidad de la propuesta continúa fundamentándose en los siguientes términos: "Los regionalismos estrechos y exclusivos han perdido toda validez en el ámbito contemporáneo y una comunidad regional que pierde la perspectiva global o adhiere a un tipo de regionalismo que se excluye del globalismo, no tiene posibilidades de desarrollo y prosperidad". Hay que considerar, sin embargo, que la serie de problemas que se confrontan actualmente pueden resolverse mejor intentando primero la cooperación regional para luego desarrollar la cooperación global, puesto que también el "globalismo sin regionalismo termina por complicar la solución de los problemas". Lo que se propugna es un esquema de cooperación regional que se corresponda con los mecanismos de la comunidad global.

En definitiva, el concepto de cooperación que se busca tiende a la conformación de una comunidad regional basada en relaciones libres e interdependientes, suficientemente abierta y flexible para que los países de la región desarrollen sus intercambios comerciales, culturales o de cualquier otro tipo, sin menoscabo de sus intereses y sin afectar los de otros.

La promoción del comercio y la libre transferencia de capitales constituyen dos de los principales objetivos económicos de la propuesta. Sin embargo, se presentan algunos problemas cuando se trata con países en diferentes etapas de desarrollo, con sistemas de intercambio que favorecen una profunda interdependencia en la

región. Por lo tanto, es importante que los países industrializados y aquellos en vías de desarrollo coordinen sus esfuerzos e intereses para lograr la prosperidad de la región como un todo y para promover su propia reestructuración y desarrollo industrial.

En el contexto de las relaciones internacionales, la comunidad de la Cuenca del Pacífico aspira a ser una entidad regional compuesta por países internacionalmente abiertos, cuya independencia y autodeterminación debe ser mutuamente respetada, evitando que prosperen las tendencias exclusivistas de los nacionalismos y proteccionismos. Esta es una base o requisito fundamental para una libre y abierta cooperación en la región.

Lejos de negar u obstruir las instancias de cooperación bilateral o multilateral que ya existe dentro de la región, el propósito es establecer, por una parte, relaciones complementarias entre las corporaciones o asociaciones como la ASEAN, la Agencia de Cooperación Económica del Pacífico Sur, el Banco de Desarrollo Asiático, la Comisión Económica y Social de la ONU para Asia y el Pacífico, etc., y, por la otra, impulsar un concepto de cooperación que busque trascender esas relaciones para lograr, si así se requiere, una mejor solución de los problemas que enfrentan todos los países de la región de la Cuenca del Pacífico.

En cuanto a la realización, ésta se concibe como un proceso gradual y realista que aprovechará inicialmente la ventaja de las asociaciones regionales existentes para luego acceder a otras agrupaciones más amplias, instancia en la cual adquirirá verdadera significación un nuevo tipo de relaciones que deberá darse entre Japón y Australia, entre Japón y Estados Unidos, y entre éstos y el resto de naciones del Pacífico Occidental.

Se piensa que a mediados de los ochenta el proceso de integración habrá alcanzado importantes niveles de consolidación, no sólo por la incorporación de los países latinoamericanos, sino porque a esas alturas, de no mediar otros imponderables, China estaría en condiciones de decidir una participación más activa en la región. Tal estimación se basa en el hecho de que por esa época China habría terminado su plan decenal (1976-1985), abandonando definitivamente el principio de autosuficiencia y profundizando cada vez más sus relaciones con el mundo capitalista, en espe-

cial con Japón y EE.UU., dos de los miembros más prominentes de la Cuenca del Pacífico.

Hasta aquí una relación sumaria de los elementos más significativos que sustentan la propuesta de la constitución de la comunidad de la Cuenca del Pacífico.

3. Las implicaciones del concepto de "cooperación" en la Cuenca del Pacífico

No tenemos el propósito de realizar aquí un análisis exhaustivo del proyecto de integración de la Cuenca del Pacífico, sino más bien discutir el concepto de "cooperación" con que se pretende revivir esta ya antigua idea de una organización regional a gran escala y, de paso, tratar de explicarnos por qué Japón aparece hoy asumiendo el rol de líder en la realización de tal proyecto.

La primera interrogante es casi obvia: ¿por qué Japón se muestra interesado en promover el concepto de cooperación en la Cuenca del Pacífico?

La fuerza de la costumbre y la experiencia acumulada hace que no podamos vencer la tentación de pensar, casi automáticamente, que se trata de la promoción de una idea tendiente a salvaguardar el interés de Japón que, de esta manera, se aseguraría un amplio mercado y un acceso más expedito a los recursos naturales de la región. Dicho planteamiento contiene cierta dosis de verdad sobre todo cuando se señala por allí que lo que se intenta es desarrollar relaciones de cooperación para "sacar el máximo de provecho del rico potencial del área". La intención es clara aunque se matice con argumentos que tienden a destacar que el provecho no sólo será para los países miembros, sino que servirá también para "acrecentar la prosperidad y bienestar de todos los pueblos del mundo".

Sin embargo, es perfectamente legítimo que una economía tan dependiente como la japonesa busque las fórmulas e implemente mecanismos para lograr el abastecimiento de materias primas y una colocación provechosa de sus productos de exportación. El problema se plantea cuando esa búsqueda de recursos y aquellas

prácticas comerciales se confrontan con las tendencias de las economías locales, cuyos intereses y orientaciones no marchan en la misma dirección.

Japón, como uno de los principales países importadores de productos primarios, no sólo tiene el propósito de contar con suministros estables sino que también tiene un fuerte interés en la estabilización de los precios de éstos, sobre todo después de los aumentos producidos a principios de los setenta. Por su parte, los países exportadores de recursos básicos, a quienes hasta ahora la división internacional del trabajo ha reservado el papel de suministradores de materias primas y energía barata al mundo industrializado, en el marco de la propuesta del establecimiento de un nuevo orden económico internacional, tratan de revertir los términos de un intercambio que históricamente les ha sido desfavorable. El resultado ha sido que, hasta ahora, el diálogo entre las naciones industrializadas y los países en vías de desarrollo o los francamente subdesarrollados ha sido frustrado por la imposibilidad de armonizar estos intereses antagónicos.

Por otra parte, no se puede ignorar que la propuesta de cooperación que se propugna se hace dentro del marco del capitalismo internacional, en el que la desigualdad creciente entre el centro y la periferia ha exacerbado las tensiones y contradicciones entre los países ricos y pobres, y ha dado lugar al fortalecimiento de las tendencias nacionalistas y proteccionistas de parte de ambos sectores. Así, independientemente de que se trate de una organización regional centrada en uno u otro ámbito geográfico, el hecho de estar inserta dentro del sistema capitalista global, asegura a la periferia de esa región un producto histórico que hasta ahora ha sido imposible erradicar, aun contando con las mejores declaraciones. En efecto, siguen persistiendo, por ejemplo, niveles de vida declinantes para amplios sectores humanos, altísimas tasas de desempleo, que con frecuencia fluctúan entre el 30 y 40 por ciento, alto grado de dependencia y magras posibilidades de mejoramiento para el futuro. En consecuencia, en tanto no se sustituya el viejo esquema internacional de la división del trabajo, ni se resuelva el conflicto entre desarrollo y subdesarrollo y la creciente brecha entre unos y otros, creemos que es utópico pensar

que estos esquemas de cooperación regional aseguren la "consecución de objetivos compartidos".

Podría pensarse que nuestra impresión acerca de las posibilidades de apoyar y compartir este concepto de cooperación resulta demasiado pesimista. Por citar casos importantes, no se advierten progresos concretos del diálogo norte-sur, especialmente en torno a un acuerdo definitivo sobre materias primas y transferencia de tecnología; tampoco resultados positivos en las negociaciones en el seno de la UNCTAD, en lo referente al programa global integrado de productos básicos; aceptación de los términos de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, la cual Japón no ha suscrito. Aún más, la aceptación real de la resolución de las Naciones Unidas de 1974, que plantea el establecimiento de un nuevo orden económico internacional propuesto por los países del Tercer Mundo, a la cual Japón tampoco adhirió. Por estos hechos, estamos obligados a permanecer, si no francamente escépticos, por lo menos en una actitud de espera de un cambio radical en el sistema económico mundial, ya que el capitalismo y los proyectos que se diseñen a partir de él, implican que las regiones subdesarrolladas paguen con su atraso el desarrollo de los países capitalistas avanzados. En estas condiciones es, pues, imposible pensar en relaciones equitativas.

Pero no sólo se trata de evidenciar estos grandes desacuerdos entre los países desarrollados y subdesarrollados en torno a las políticas, valores, metas y estrategias tendientes a ser aplicadas en la reestructuración del nuevo orden económico internacional, donde como ya se dijo, Japón no se muestra nada dispuesto a asumir el cambio radical que impone una negociación global de esta especie, sino que también las confrontaciones se dan entre los propios países desarrollados con vista a sus relaciones económicas. Uno de los ejemplos más gráficos lo constituye la no negada guerra económica librada en este último tiempo entre el propio Japón y Estados Unidos, los dos miembros más prominentes de la Cuenca del Pacífico. Así las cosas, los obstáculos para el logro de la tan mencionada cooperación crecen en lugar de disminuir.

Ante este estado de cosas, surge otra gran interrogante: ¿Hasta qué punto resulta creíble la propuesta japonesa de una comuni-

dad regional, basada en relaciones de cooperación libres e interdependientes, entre los países del área?

Se postula, por ejemplo, la idea de que los países industrializados y los en vías de desarrollo cooperen para coordinar sus esfuerzos e intereses en el logro de la prosperidad de la región; Japón reconoce además que para promover el desarrollo interno de los países subdesarrollados, la ayuda económica de los países del mundo industrializado es vital. En términos generales, la propuesta es válida y deseable. Sin embargo, las relaciones económicas internacionales, y en especial las relaciones entre los países desarrollados y subdesarrollados no se sostienen sólo con buenas declaraciones y proyecciones optimizantes. En la práctica, los hechos van en contra de estas declaraciones; por ejemplo, en el caso de Japón, el coeficiente del valor de la Ayuda Oficial para el Desarrollo (DAC) con respecto al PNB bajó en 1975 de 0.25 a 0.24 por ciento y en 1977 fue de 0.21 por ciento, cifra muy lejana a la meta internacional del 1 por ciento y considerablemente menor que el promedio de los países miembros del DAC que es del 0.36 por ciento. El Japón se encuentra en el 130. lugar entre 17 miembros en lo que concierne al valor de la ayuda oficial para el desarrollo con respecto al PNB. Pero no sólo su magnitud relativamente reducida es lo que importa, sino también las condiciones impuestas a los países receptores; por ejemplo, el porcentaje correspondiente al elemento donaciones, pese a haber aumentado en los últimos años, es todavía bastante más bajo que el promedio de los países miembros del DAC; concretamente, es el más bajo.

Podría pretextarse que el estancamiento o retroceso de la ayuda se debe a la estrictez y poca flexibilidad con que opera la administración japonesa y a la insuficiente expansión de los gastos presupuestarios para esos efectos; sin embargo, esto lo vemos también como un problema de actitud y falta de comprensión que, de persistir, entrabará seriamente la mayor fluidez de una auténtica cooperación, que se demanda con urgencia por parte de los países receptores.

Dado que Japón se ha decidido a revivir este ya antiguo proyecto, no sólo interesa destacar las perspectivas, sino, sobre todo, ahondar y reflexionar sobre lo que ha sido hasta ahora su

modus operandi con respecto a las naciones en desarrollo. La cooperación no podrá surgir por decreto o por concepciones idealistas sino a través de análisis serios y objetivos y, sobre todo, con demostraciones concretas. Hasta aquí no ha sido el caso, pero aún hay más.

Es indudable la influencia económica y el peso que ejercen las inversiones japonesas en la región del Pacífico, en especial la transferencia de capitales privados, cuya distribución geográfica indica que hay una marcada concentración en los países de Asia del Este y del Sudeste. A pesar de que muchos estados como Corea del Sur, Filipinas, Taiwán, Indonesia, etc., han recibido con los brazos abiertos la inversión japonesa, no todo ha transcurrido tan apaciblemente: la acusación más frecuente es que la industria japonesa, ante las críticas crecientes de sus grupos ecologistas internos, está desplazando la contaminación industrial, especialmente la procedente de ciertas industrias químicas, a otros lugares en los que existen controles menos rigurosos y la mano de obra es más barata. Los ejemplos de este tipo de problemas son ya numerosos. A esto habría que sumar ya una cierta "sobrepresencia" japonesa en el área, lo que plantea serios problemas para la implementación de una verdadera coexistencia y cooperación en la región. Tampoco se debe olvidar el peso del pasado histórico, relativamente reciente, y los siempre vigentes temores acerca de la presencia japonesa en la región. Resulta comprensible entonces que los países del Sudeste Asiático se muestren reacios a ser incluidos en un bloque económico comandado o integrado por Japón.

Si se piensa y reconoce que en el mundo de hoy, en que la interdependencia económica es cada vez más fuerte, es indispensable el avance económico de los países en desarrollo para una evolución estable de la economía y de los mercados mundiales, Japón debería cuidarse mucho de no repetir el modelo de otros países que comercian con el Tercer Mundo. La verdad es que hasta aquí, con leves variaciones sobre el tema, Japón ha reproducido casi exactamente el patrón de comportamiento de aquéllos, dificultando seriamente las posibilidades de la "mutua comprensión" y de los "beneficios compartidos" que se postulan en la propuesta de constituir una comunidad de cooperación en la Cuenca del Pa-

cífico. En esta misma instancia es fundamental la mayor apertura del mercado japonés a los países en desarrollo e incluso su propio mercado de capitales. Muy poco ejemplificador resulta un país que se compromete con la "promoción del comercio libre y la transferencia de capitales", si no se muestra dispuesto a derribar sus propias barreras nacionales.

La experiencia acumulada hasta hoy es mayoritariamente negativa. Las inversiones y los ejemplos de cooperación que se han dado, se han hecho para reforzar el modelo japonés. En consecuencia, subsiste la dicotomía entre los principios moralistas e idealizantes y los intereses pragmáticos.

Es verdad que la Cuenca del Pacífico es una región de mucho potencial, de abundantes recursos naturales y de amplias posibilidades de complementación de las economías regionales. Por lo tanto, una cooperación más estrecha en el campo comercial parece ser factible. Por ejemplo, Estados Unidos —la mayor potencia industrial del mundo— Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Tailandia son grandes productores de alimentos,³ uno de los problemas más preocupantes del mundo actual e indudablemente uno de los factores de estabilidad sociopolítica; Japón, Corea del Sur, Singapur y Taiwán, a la vez que grandes exportadores de manufacturas, son también grandes importadores de materias primas, en especial de petróleo; Indonesia, China, México y Ecuador son grandes productores de petróleo; países latinoamericanos como Chile y Perú son exportadores de cobre y hierro; los países de la ASEAN constituyen un importante mercado consumidor de manufacturas y suministrador de recursos naturales, a la vez que son un factor importante en la estabilidad regional, etc.

Ahora bien, independientemente de que la evaluación de esas condiciones —que se estiman favorables— pudiera ser más rigurosa y variada, creemos que la idea de la complementariedad debiera ser más amplia, profunda y comprometida, y no limitarse sólo a las posibilidades y necesidades de un simple intercambio comercial. Por lo demás ya nos hemos referido a los resultados

³ Sólo EE.UU., Australia y Canadá producen el 90 por ciento del abastecimiento de trigo y el 80 por ciento de otros cereales del mundo.

que ha provocado esa manera tradicional de concebir las relaciones económicas entre estados en diferentes etapas de desarrollo. En nuestra opinión, la idea de la complementación debe comprometerse con la generación de posibilidades reales de desarrollo de los países a quienes ha correspondido el papel histórico de ser exportadores de materias primas.

Pero aun cuando en la Cuenca del Pacífico se contara con ese tipo de decisión, la solución no es tan automática. La existencia de países altamente desarrollados junto a otros en que se puede hablar de extrema pobreza, pasando por aquellos que han alcanzado ya un relativo grado de desarrollo, plantean una gran diversidad de intereses y complejas situaciones. Por lo pronto, muchos de los países de la región tienen características económicas comunes, se encuentran en una misma etapa de desarrollo, tienen similares recursos y siguen —con algunas variantes— una misma vía de desarrollo. En este sentido, estos países, que se encuentran tanto en Asia como América Latina, podrían considerarse más bien competidores que complementarios, dado que son exportadores de los mismos productos y deben acudir a los mismos mercados. Por otro lado, la implementación de una verdadera complementariedad requiere de ajustes estructurales y de un programa concreto de integración regional, que asegure las ventajas comparativas a cada una de las naciones involucradas, cosa que como ya hemos visto, desagrada profundamente a las economías hegemónicas. Por último, los desequilibrios entre el ritmo de crecimiento y los logros de los países de la región en los últimos años, demuestran que el desarrollo no asegura automáticamente la complementariedad. Más bien lo que se requiere es llevar a cabo una reestructuración de esquemas de cooperación al estilo de los de la OPEP que, como también hemos visto, han resultado muy poco aceptables para los países industrializados.

En el inicio de este artículo hemos sostenido que los problemas económicos son cada vez más problemas políticos y que, por lo tanto, es muy difícil prescindir de la estrategia política para tratar asuntos de cooperación económica. En este sentido, una de las grandes omisiones del proyecto que se comenta, la constituye su falta de referencia a la realidad política de la región. Definitiva-

mente, las intensas rivalidades y las grandes diferencias políticas que se dan en el área, nos resultan fundamentales para el éxito o fracaso de una verdadera cooperación regional.

Dentro de los aproximadamente 30 países ribereños o que confluyen naturalmente hacia el Pacífico, a los cuales habría que agregar algunas posesiones coloniales que todavía conservan algunas potencias occidentales, existen grandes diferencias. Existe por ejemplo una multiplicidad de razas, diferencias culturales y religiosas, una muy diferente dotación de recursos naturales, humanos y tecnológicos que influyen, a su vez, en diferentes grados de desarrollo económico, y se dan diferencias notables en los modos de organización política. Aun cuando todas inciden de una manera importante, destacamos aquí algunos de los elementos políticos que, en nuestra opinión, obstaculizan la realización del proyecto.

Interesa destacar, por ejemplo, la existencia de un buen número de estados que viven aún el drama de la descolonización, no han logrado estabilizar sus regímenes gubernamentales y, al presente, confrontan tensiones políticas de gran trascendencia. Esta situación, que algunos califican como "desorden interior permanente" de estos países, no garantiza suficientemente las condiciones de estabilidad que, por lo general, las potencias y concretamente Japón, exigen para llevar a cabo sus proyectos de cooperación.

Las circunstancias especiales en que se están desarrollando las relaciones internacionales en el Pacífico asiático, y sobre todo en el Sudeste Asiático, crean situaciones determinantes para el éxito o fracaso de una propuesta de esta naturaleza. Por mencionar sólo las dificultades está el caso de los estados socialistas de Vietnam, Laos y Kampuchea quienes, por sus vinculaciones con la opción soviética, se mostrarían poco dispuestos a orientar sus esfuerzos hacia una integración a las economías del Pacífico donde estarían los que son, hoy por hoy, sus principales enemigos políticos: China y Estados Unidos. Por otra parte, resulta difícil pensar, por el momento, en relaciones de cooperación entre estos países y la ASEAN, pese a que se sostenga que las relaciones entre los estados son cada vez más pragmáticas. El obstáculo aquí es claramente político.

La evolución de las relaciones entre China, Estados Unidos y

Japón y la reactivación de la bipolaridad, son otros dos grandes procesos que ponen en entredicho la efectividad de la propuesta japonesa. En el primer caso, los resultados de las relaciones entre China y Japón, China-Estados Unidos, Japón-Estados Unidos y las que puedan tener en conjunto, resultarán decisivas para los países menores de la región del Pacífico asiático. En el segundo, el resurgimiento de los esquemas de la guerra fría implica la necesaria sujeción de los acontecimientos del Pacífico a los intereses de la bipolaridad, con el consiguiente debilitamiento, o cancelación, de los intentos de una organización regional fundada en relaciones libres e interdependientes.

Como ha quedado de manifiesto, el proyecto de integración de la Cuenca del Pacífico será, en gran parte, el resultado de decisiones políticas. De allí que cobren vigencia una serie de interrogantes que la propuesta japonesa no responde todavía: ¿Qué países la integrarían? Si no son todos ¿cuál será el criterio que determinaría su incorporación o marginación? ¿Participará la Unión Soviética, país que da al Pacífico y que tiene fuerte interés en él? ¿Se trata sólo de un proyecto que sirve a los intereses a corto plazo de Japón y Estados Unidos? Las preguntas podrían seguir, pero no hay respuestas al respecto.

Otras tantas interrogantes podrían formularse en cuanto a si la creación de nuevos mecanismos de cooperación regional, como es el caso de la propuesta que se comenta, no reemplazarían a las estructuras y asociaciones ya existentes, esto a pesar de que se declara que la nueva organización no debería debilitarlas, ni transformarse en foco de rivalidad por el control del poder dentro de la región. La realidad actual hace poco creíble esta declaración de intenciones.

Ahora bien ¿por qué Japón, al cual suponemos consciente de las dificultades y obstáculos que hemos señalado, se muestra aún dispuesto a asumir el liderazgo en la promoción del proyecto de integración de la Cuenca del Pacífico?

Aquí caben varias posibilidades, ensayaremos con algunas de ellas:

Nos resulta claro que Japón no sólo quiere asegurar un abastecimiento de materias primas y energéticos, sino asegurar también

un mercado para sus productos industriales y, de paso, exportar industrias contaminantes y usar mano de obra barata, al establecer subsidiarias japonesas en el extranjero. Esta estrategia se ha transformado en una empresa de carácter nacional, por tanto hay que promoverla. Un proyecto como el de la Cuenca del Pacífico representaría una buena cobertura para ello.

Por otra parte, es evidente que la reactualización del mencionado proyecto constituye un intento de Japón por redefinir una política global en la región, como una alternativa para escapar a ese marco restringido que le impone el hecho de estar inserto en ese cerco de poder tan difícil que constituyen la Unión Soviética, China y Estados Unidos. La duda que se plantea aquí es determinar hasta qué punto este liderazgo japonés que se pretende y que, en alguna medida, se desprende de su significación en el área, se vería condicionada por los acontecimientos internacionales derivados de las relaciones entre estas potencias.

Estados Unidos y Japón son los dos miembros más prominentes en la Cuenca del Pacífico y por mucho tiempo sus relaciones han sido una de las más estrechas dentro del mundo capitalista, pero con una muy clara subordinación de Japón a los dictados de la estrategia global del capitalismo norteamericano.

Dentro de este contexto, Japón acepta jugar el papel de potencia secundaria o regional en la región del Pacífico, con el propósito concreto de realizar acciones tendientes a consolidar esta área de influencia para el mundo capitalista. En este caso la propuesta de integración de una comunidad económica en la región, tendría una muy clara finalidad. Sin embargo, cabe aquí una variante de importancia derivada del empeoramiento de las relaciones económicas entre Japón y EE.UU., diferencias que se ven acrecentadas por la insistencia norteamericana para que Japón se rearme y acepte mayores responsabilidades en el esquema de seguridad del Pacífico. Japón se muestra reacio y en una acción, hasta ahora inédita, decide iniciar por sí mismo la construcción de una política internacional, cuya área de concreción inmediata estaría en la región del Pacífico. Ante esta prioridad, revive el proyecto de la Cuenca del Pacífico, con la clara finalidad de aumentar su intercambio comercial, lograr una mayor significación y ampliar su

área de influencia. El problema aquí es saber hasta dónde puede llegar esta "independencia" japonesa.

Hay todavía otra posibilidad. Ante las crecientes dificultades comerciales con los países industrializados, especialmente con la Comunidad Económica Europea y Estados Unidos, Japón decide estrechar sus vínculos con los países en vías de desarrollo, con el propósito de diversificar sus mercados y suministros. Para ello empieza a promover un diálogo real con los países del Tercer Mundo y realiza esfuerzos por mejorar sus relaciones con los países del Asia y del Pacífico. Dentro de este contexto empezaría a tener sentido la reactualización del Proyecto de la Cuenca del Pacífico. Sin embargo, no hay todavía suficientes elementos para pensar que, efectivamente, Japón se ha decidido a actuar en esta dirección. De ser así, el diálogo no será fácil. El crecimiento de la interdependencia y los reiterados intentos de los países en vías de desarrollo por defender y ganar mayor control de sus recursos naturales en el mercado internacional ya no es el de ayer. La fuerza acumulativa de esos intentos y algunos ejemplos exitosos como los de la OPEP, han fortalecido esta defensa de los países exportadores de materias primas y, por último, ya está pasando la era en que los ajustes y soluciones a los problemas del mundo eran patrimonio exclusivo de los acuerdos de los países ricos. Esto debe tenerlo muy claro Japón si se decide a promover proyectos de una auténtica cooperación.

Si bien la década de los ochenta será una década problemática para Japón, pensamos que ella abre la posibilidad histórica para la creación de una verdadera política internacional, y dentro de ella, un lugar destacado deberá ocupar la revalorización de sus relaciones con los países del Tercer Mundo. Entonces y sólo entonces podemos empezar a hablar de cooperación. A eso le llamaríamos actuar en consecuencia.